

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

AGOSTO. NUM. 31 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO

El Cardenal Jiménez de Cisneros, por J. Paez y Lopez.  
—La pendiente del abismo por Enriqueta Lozano de Vilchez.—La flor del Valle, poesía, por G.—  
—Isabel por M. C.

## BIOGRAFÍA.

### EL CARDENAL JIMÉNEZ DE CISNEROS.

En la historia de este hombre eminente, a quien la Providencia y sus distinguidas cualidades elevaron de un modo rápido y prodigioso hasta la Regencia de la nación, se hallan (como en la de todo hombre público que se ha señalado en grandes acontecimientos) hechos tan notables que dejan conocer a primera vista sus brillantes prendas, y los sublimes rasgos de su capacidad y de su ingenio.

Nació en 1437, en el lugar de Tordelaguna, de una familia noble, pero de fortuna escasa. Hizo sus primeros estudios en Alcalá de Henares; y de allí paso a Salamanca, donde aprendió

y enseñó despues, el Derecho canónico y civil, y se dedicó además al estudio de la Teología. Cansado de ocuparse en la enseñanza pública, se dirigió a Roma, donde ejerció algun tiempo el cargo de Abogado consistorial. Volvió a su país, habiendo obtenido del Papa una *gracia expectativa*, por la cual debia ser puesto en posesion del primer beneficio que en él vacase; y con efecto lo fué del Arciprestazgo de Uceda. Pero a las Dignidades de la Iglesia nunca ha sido agradable esta manera de obtener los *beneficios*; y el Arzobispo que entonces era de Toledo, D. Alfonso Carrillo, queriendo obligarle a renunciar, le encerró primeramente en el castillo de Uceda, y despues en la torre de San Torcaz, donde permaneció hasta que aquel prelado perdió toda esperanza de reducirle, y le puso en libertad. Entonces paso a Sigüenza, permutando su beneficio con la capellanía mayor de esta iglesia; y prendado de su mérito el Cardenal y Obispo de ella D. Pedro Gonzalez de Merdoza, le prodigó su amistad, y le favoreció nombrándole su Vicario general.

Su virtud, empero, deseaba una vida mas austera: por lo que renunció sus beneficios, y se retiró al convento de San Juan de Toledo; en el que, trocando su nombre por el de seráfico fundador, tomó el hábito y observó una vida ejemplar.



Entre tanto el Cardenal Mendoza fué hecho Arzobispo de Sevilla, y despues de Toledo, y consultado por la Reina Doña Isabel sobre la eleccion de confesor que substituyese al P. Talavera (nombrado Arzobispo de Granada), le propuso con grandes encomios al P. Francisco Jimenez. Con efecto, fué llamado á palacio; y, á pesar de sus excusas, hubo de aceptar la direccion de la conciencia de la Reina, pero con la condicion de que no se le obligaría á seguir la corte.

Habiendo sido en este tiempo elegido Provincial de su orden, emprendió la reforma de ella; y, no obstante los disgustos y oposicion que experimentó, contando con la firmeza de su carácter y con el favor de la Reina, concluyó su obra.

Murió por este tiempo el Cardenal Mendoza: y algunos refieren que este prelado recomendó á los Reyes al P. Jimenez para que le substituyera en el Arzobispado. Lo cierto es que, á pesar de las muchas personas de distincion que pretendian este puesto, y de que el Rey D. Fernando le destinaba para D. Alfonso de Aragon, la Reina (decidida antes por el jurisconsulto Oropesa,) hizo salir un segundo correo con orden á su embajador en Roma de obtener y remitir con todo secreto las bulas para el padre Francisco Jimenez.

Vinieron en efecto; y al cabo de seis meses de resistencia, el Papa en un segundo breve le mandó aceptar, y fué consagrado en Tarazona á 11 de Octubre de 1495. Continuó no obstante con la moderacion y pobreza que habia observado siendo religioso, tanto que el Papa Alejandro VI le escribió estimulándole á que se portara con el esplendor propio de su clase, y por ello, y por haber sido llamado á la sazón á desempeñar el Ministerio de Estado, usó desde entonces ropas de seda sobre su hábito, y aumentó su servidumbre; siendole notar que los que antes censuraban su pobreza, vituperaban despues su lujo y ostentacion.

Intentó algunas reformas en su Cabildo, tales como obligar á los canónigos á vivir mas reducidos é inmediatos á la Catedral, y que no saliese de ella el que estuviese de semana; pero algunos quisieron oponérsele, y para ello enviaron comisionado á Roma á D. Alfonso de Albornoz, quien fué tratado por el Arzobispo casi del mismo modo que él lo habia sido por su antecesor el Sr. Carrillo, esto es, preso y conducido á España bajo partida de registro, permaneció diez y ocho meses arrestado con centinela de vista. Este golpe de autoridad aterró á los canónigos en términos que no les quedó

aliento para ninguna oposicion ni resistencia.

Tenia el Arzobispo un hermano llamado Bernardino, hombre discolo y fogoso, quien mal avenido por tanto con su severidad, escribió contra él un libelo infamatorio. El prelado le reprendió enérgicamente su extravío, (hallábase á la sazón indispuerto en cama): exaltado su hermano, le embistió y apretóle la garganta de manera que le creyó muerto, y salió precipitadamente de su estancia. Mas un paje, que oyó ó comprendió alguna cosa, acudió con oportunidad, y Jimenez volvió á la vida.

Por muerte del Príncipe D. Juan, quedó la Infanta Doña Isabel, esposa del Rey de Portugal, heredera de la Corona; y deseando la Reina su madre, que fuese reconocida como tal en las Cortes que se iban á celebrar en Zaragoza, tuvo que emplear Jimenez toda su sagacidad y elocuencia para reducir á los diputados de Aragon, Cataluña y Valencia, que al principio se habian opuesto. De vuelta de Aragon se avistó en Ocaña con el Gran Capitan, que le esperaba para recibir su bendicion antes de marchar á Italia.

Trabajaba en el establecimiento de la Universidad de Alcalá, cuando tuvo orden de marchar á Granada y ocuparse en el arreglo de este reino, en donde logró con su celo que se bautizasen por aspersion mas de cuatro mil infieles el 18 de Diciembre de 1499. Pero el rigor que desplegó contra los que despues de bautizados, no eran fieles observantes, produjo una sublevacion en la ciudad, en que seguramente habria perecido si su prudencia y acertadas disposiciones no hubieran conjurado la tempestad.

En cambio se afaná mucho en establecer los libros sacramentales, los padrones de vecindad, los pósitos, y en mejorar el método de exigir las contribuciones, impidiendo que los pueblos fuesen vejados por los oficiales cobradores: reunió muchos ejemplares manuscritos, griegos y hebreos, de la Biblia, y algunos orientales de mucha sabiduria, con el objeto de hacer una edicion muy útil y prolija: obra en que invirtió quince años, y mas de cincuenta mil ducados. Fundó además en Toledo una capilla en que se conservase el Oficio mozárabe.

En Alcalá instituyó tambien un colegio para huérfanas pobres, asignando fondos con los cuales, despues de ser educadas, se las dotase para casarse ó ser monjas, segun su voluntad: y, tomando por tipo la Universidad de París, fundó la suya, sin perdonar gasto para reunir en ella excelentes profesores. Dotola con rentas aun para socorrer á estudiantes pobres ó enfermos, y erigió en ella una suntuosa biblioteca que enri-



queció, entre otras, con las obras del Tostado impresas á su costa.

CONCLUIRÁ.

J. P. y L.

## LA PENDIENTE DEL ABISMO.

CONTINUACION.

Todo aquel día se pasó entre las dulces confidencias del cariño y del hogar.

Esteban tenía un hermoso corazón: un corazón de oro, y bien pronto se unió á Marta para embellecer la existencia de la pobre niña, cuyo destino le confiaba Dios.

Luisa, por otra parte, era una de esas criaturas á las cuales se aman desde el instante mismo que se cruzan en el camino de nuestra vida.

Había en sus ojos, en su acento, en todo su ser, algo tan celestial y suave, algo tan superiormente hermoso y casto, que dominaba á cuantos la trataban, con esa pureza incomprensible y misteriosa que tiene su imperio en el alma.

En la vida los extremos se tocan, la débil yedra sube á la copa del viejo roble, y una trémula gota de rocío se ampara en el caliz de la áltiva magnolia.

El rudo militar concedió en el retiro mas casto, mas puro y mas perfumado de su corazón, un lugar á la tierna huérfana á quien llamó su querida hija.

Si entre Marta y su esposo no hubiese habido un secreto pendiente; si Enrique á su vez hubiera tenido la conciencia libre de toda mancha: si Luisa no llevara en el corazón la amargura y los temores de una desgracia que no merecía, indudablemente todos hubieran sido dichosos y hubieran encontrado la felicidad en su noble acción, la protegida y los protectores al par.

Pero ¡ay! que la conciencia intranquila es una mala compañera!

¡Ay! que doquiera nos fiije sombras y fantasmas que nos amenazan.

¡Ay! que sentada á la cabecera de nuestro le-

cho turba nuestro sueño y aleja la tranquilidad de nuestro reposo.

¡Ay! que yendo siempre con nosotros nos hace ver irónica la sonrisa, escrutadora la mirada, intencionada la frase de cuantos pasan á nuestro lado y de cuantos llegan á estrechar nuestra mano... aquella mano que tiembla de miedo, cuando otra franca y leal llega á estrecharla.

¡Oh! si la culpa y la falsedad, y la mentira no llevaran en si mismas el castigo, sería bastante espíacion quizá para ellas, la voz peremne y asustadiza, y acusadora de nuestra propia conciencia.

La infeliz Marta sufría todos los tormentos que produce el crimen, sin haber cometido un crimen voluntario, y era desgraciada, sí, muy desgraciada, porque su excesivo amor de madre le hacía faltar al primer deber de una buena esposa.

El de poder presentar su corazón como un libro abierto, en el que pueda leer á todas horas el esposo, sin hallar nada nuevo, nada extraño, ni nada dudoso nunca.

Esteban dedicó todo aquel día á su familia sin cuidarse para nada de sus negocios.

Solo un pequeño incidente vino á llamar su atención, separándolo de los suyos algunos instantes.

Cuando preguntó por Juan Manuel, su asistente, le respondieron que estaba descansando algunas horas, pero al pasar despues por su cuarto, le encontró vacío, y vió llegar al jóven con un aire de misterio que no pudo menos de llamar su atención.

Preguntóle de donde venía, y el jóven dió mil respuestas evasivas, pero no dijo la verdad.

Esteban se preocupó algunos momentos de ello, pero era Juan Manuel tan honrado, merecía de tal modo la confianza de su señor, que este olvidó bien pronto aquel detalle, y no le dió valor ninguno.

Mercedes había recibido la carta de su protectora y estaba mas tranquila con respecto á su hija, pero no con respecto á su causa, que seguía sus trámites lentamente, puesto que la parte interesada no se metía en activarla.

Uno de los pesares que mas amargaban el alma de la pobre presa, era la indiferencia y el abandono de su hijo.

El debía saberlo todo; que su madre estaba en la cárcel, que su familia estaba acusada de un robo... de un robo que él había cometido y cuyas consecuencias eran tan funestas! y sin embargo les olvidaba, la dejaba abandonada á su suerte, á ella que tanto le amaba, á ella que daba su honra y su vida por él!



¡Oh! esto era culpable, muy culpable y capaz de desgarrar el alma de una madre, y de una madre como Mercedes.

Si ella hubiese podido adivinar que Julio ignoraba los sucesos ocurridos, que se hallaba ausente, que creía suyo aquel dinero, su dolor hubiera sido menos cruel.

Pero los días pasaban para la infeliz muy amargos y tan lentos que cada uno se transformaba en un siglo de dolor.

A los dos días de la llegada de Esteban, Luisa dejó el lecho, y apoyada en el brazo de aquel hombre bueno y generoso dió algunos pasos por su estancia y fué conducida al comedor, donde colocada en un sillón permaneció algún tiempo, dando gracias y sonriendo á sus bienhechores.

La tierna enferma fué objeto aquel día de las mas delicadas atenciones por parte de aquella familia que con tal amor la habia recibido en su seno.

El día se pasó tranquilo para todos, y fueron felices hasta donde era posible que lo fuesen, segun el estado de ánimo en que cada cual se encontraba.

Por la tarde Esteban recibió una orden que le obligaba á volver á su vida de actividad y de trabajo.

Llamó á Juan Manuel, le mandó que abriese su despacho, y se trasladó á él para ocuparse de algunos asuntos del servicio.

Marta creyó que era llegada la hora de la prueba y se sintió morir de terror.

Esperó sin embargo, rogando á Dios!

Media hora habria pasado á lo mas, cuando Esteban se presentó de nuevo en el comedor.

Venia pálido, y en su voz alterada se comprendia que estaba sufriendo una gran agitacion.

Y así era en verdad.

En aquel instante acababa de notar el robo efectuado en su secreter.

Pero Esteban amaba á Marta, amaba á su hijo, y por nada del mundo hubiera querido darles un pesar.

Resolvió disimular aquel contratiempo, y averiguar por sí mismo la verdad.

Por eso se acercó á Marta y la preguntó de un modo que en vano intentaba hacer aparecer indiferente.

--Dime, Marta, ha entrado alguien en mi despacho durante mi ausencia?

--No se... yo no he visto... dijo la pobre mujer temblando.

--Tiene razon! pensó Esteban ¿á qué le pregunto yo?

Y dominado por la secreta agitacion que ab-

sorvia sus pensamientos, dió algunos paseos por la estancia, saliendo al cabo de ella, no sin haber dirigido una forzada sonrisa á los que allí quedaban.

Preso de un disjusto estremado volviése á su despacho y se dejó caer en un sillón, murmurando.

--Robado! robado! no hay duda! pero ¿por quién? esto es lo que me vuelve loco.

Apoyó la frente entre las manos, y permaneció algún tiempo pensativo y trastornado.

--¡Oh! es preciso averiguar la verdad!

Llamaré á Juan Manuel y él me dirá... Juan Manuel... Juan Manuel!

¡Oh! si fuese él! pero no... esto no es posible! tan honrado, tan leal siempre...! no, no: esto es un mal pensamiento que quiero alejar de mi mente. Vamos, indaguemos por otro lado... aquí...! ¡pese si aquí no ha entrado nadie, nadie mas que...! ¡otra vez este nombre; otra vez este pensamiento!

Esteban se apretó la frente entre las manos: la duda que empezaba á inspirarle su asistente le hacia daño, y sin embargo no la podia desechar.

De una en otra idea, de uno en otro cálculo, vino recordando el día de su llegada, vino recordando su salida inmotivada, y cuando todos le creian durmiendo: vino en fin formando esa bola de nieve, cuyo principio es una gota de agua congelada, y cuyo término es incalculable.

Cuando mas abstraído se hallaba en sus reflexiones, vino á sacarle de ellas el ruido de la puerta al girar sobre sus goznes.

Alzó los ojos maquinalmente, y se encontró á Juan Manuel que entraba con su semblante sereno, á tomar órdenes de su señor.

El coronel frunció el ceño, é hizo un ademán involuntario que no pasó desapercibido para el joven asistente, que á su vez se inmutó temiendo haber incurrido en el desagrado de su jefe.

--Creo que no te he llamado, murmuró este, con acento alterado, y no sé por que...

--Vi á usía entrar, respondió Juan Manuel, y por si algo necesitaba, vine...

Esteban permaneció en silencio algunos instantes hasta que al fin, y tomando una resolucion decisiva, preguntó de pronto y como intentando sorprender el efecto que hacian en el joven sus palabras.

--¿Puedes decirme donde fuiste la tarde de nuestra llegada, aprovechando los instantes que debiste dedicar al descanso?

Juan Manuel se turbó, porque recordó el encargo de Marta, y poniéndose encendido hasta lo blanco de los ojos, balbuceó algunas palabras sin sentido ni hilacion.



El pobre muchacho no sabia mentir, y su confusion era grande al tener que hacerlo por primera vez.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA FLOR DEL VALLE.

PARA UN ALBUM.

Héla allí; pintada, hermosa,  
de capullos rodeada,  
tierna flor de la llanura,  
orgullo de la mañana.

Encanto y aroma ofrece  
al caminante que pasa,  
y que sin verla siquiera  
su tierno tallo desgaja.

Y si tal vez la perdona  
y ella se levanta ufana  
de haber siquiera alcanzado  
su desdeñosa mirada,

El sol de julio la quema  
ó el huracan la arrebató,  
y al abrir su cáliz, muere  
la pobre flor solitaria.

Así la cándida vírgen,  
con razon apellidada,  
dulce aroma de la vida,  
en este suelo de lágrimas,

Lleno el corazon de amor  
y risueñas esperanzas,  
al hondo mar del vivir  
se abandona confiada;

Mas ¡ay! que al alzar su frente  
fresca, brillante, lozana,  
la mano del hombre seca  
la pura flor de su alma.

Sin piedad á su dolor  
las tiernas hojas arranca  
que el viento de la amargura  
una por una arrebató.

¡Ay! no llegue para tí  
la tempestad desalada:  
el camino de la vida  
cruza en eterna bonanza;

Y acaricien blandamente  
la rica flor de tu alma,  
la noche con su rocío,  
con su murmullo las áuras.

G.



## ISABEL.

(CONTINUACION.)

—Y cuando el cielo te ha dejado tu hija, le interrumpió Fedora en tono de afectuosa reconven-  
cion, ¿dices que lo has perdido todo? ¿qué dirías  
si te la hubiera quitado? Sobresaltose Spinger,  
cogió la mano de su hija juntamente con la de  
su esposa, contra su corazon, y respondió mi-  
rando á ambas:

—¡Ah! conozco que no lo he perdido todo.

Cuando amaneció, el joven Smoloff se despi-  
dió de los desterrados.

Viole partir Isabel con dolor, por que estaba  
impaciente de revelar su secreto y pedirle su  
proteccion; pero no habia habido para esto un  
momento oportuno: sus padres no la habian de-  
jado ni un solo instante, y no queria explicarse  
delante de ellos: creyó que viéndole con fre-  
cuencia encontraria medio de hablarle. Así le  
dijo con mucho empeño, ¿no volveréis, caballe-  
ro? ¡Ah! prometenos que no sera este el último  
dia que veamos al salvador de mi padre. Al oir  
estas palabras y el tono con que habian sido  
pronunciadas, una secreta inquietud se apoderó  
de Spinger. Recordó las órdenes del gobernador,  
y aseguró que no las desobedecería dos veces.  
Smoloff contesto que estaba convencido que res-  
pecto á él se revocaría la orden que se habia da-  
do, y que en aquel momento iba a Tobolsk á so-  
licitarlo.

--Pero, caballero, continuó, pidiendo una gra-  
cia para mí, ¿no quereis nada para vos? ¿seré  
tan dichoso que pueda servir en algo? ¿no te-  
neis nada que pedir?

—Nada, contestó Spinger con tono grave. Al  
oir esta respuesta bajó el joven tristemente los  
ojos, y dirigiéndose despues á Fedora le hizo la  
misma pregunta.

—Caballero, dijo ella, quisiera que seme conce-  
diese permiso para ir todos los domingos á misa  
con mi hija a Saimka. Smoloff prometió que ob-  
tendría esto, y partió llevándose las bendiciones  
de todos. Isabel quedó ansiando su pronto re-  
greso.

Por el camino, el único pensamiento que le

ocupaba era la imagen seductora de la joven,  
Esa vision celeste que se le habia aparecido el  
dia antes en el desierto, bajo una forma tan be-  
lla, habia hechizado su imaginacion: despues,  
cuando la vio al lado de sus padres, no fue ya  
sueño de su corazon; recordaba hasta sus mas  
insignificantes palabras, su aire, sus miradas,  
y sobre todo las últimas espresiones que le ha-  
dirigido. Sin esto, el respeto quizás le hubiera  
impedido amarla, pero el empeño que Isabel ha-  
bia manifestado de volverle á ver, aquella sú-  
plica cuyo acento revelaba un sentimiento tan  
tierno, le hicieron creer que se habia conmovi-  
do ella tambien. Su ardiente fantasía, exaltada  
por este pensamiento, se persuadió que el en-  
cuentro de la víspera no era casual, que lo ha-  
bian producido las simpatías mútuas del uno y  
del otro; estaba impaciente por leer en su ino-  
cente corazon la confirmacion de lo que él osaba  
esperar. ¡Ah! ¡cuan lejos estaba de imaginar lo que  
habia de ver algun dia! La tristeza de Spinger  
desde la visita de Smoloff era mas sombría. El  
recuerdo de este joven tan imtrépido, tan gene-  
roso le recordaba sin cesar el esposo que hubie-  
ra deseado para su hija; pero su triste posicion  
le ponía en la precision de desechar tales pensa-  
mientos; lejos de desear el regreso de Smoloff,  
lo temía. Isabel podia ser sensible, y hubiera  
sido el colmo de la desgracia para su corazon  
paternal, ver á su hija victima de un amor sin  
esperanza.

Una tarde, abismado en estas meditaciones,  
con la cabeza apoyada en sus manos, y el  
codo en la chimenea, exhalaba profundos sus-  
piros. Fedora al ver la tristeza de su es-  
poso habia dejado caer la labor de sus manos:  
fijos los ojos en él, rogaba al cielo que la inspi-  
rase palabras tiernas y afectuosas que sir-  
viesen para desterrar la desgracia. Un poco  
mas lejos, en la sombra, Isabel los contem-  
plaba y pensaba con placer que quizás llegaría  
un dia en que no llorasen. No dudaba que Smo-  
loff favoreceria su empresa: un secreto instinto la  
advertia con anticipacion que le enterneceria y  
la protejeria; pero temía la negativa de sus pa-  
dres, especialmente de su madre. Pero ¿como  
partir sin declarararselo, sin saber el nombre de  
su patria y el delito por el que iba á pedir gra-  
cia? Conoció que debia abrir su corazon y que era  
aquel el momento. Arrodiolose, pidió á Dios que  
dispusiese sus padres á escucharla; despues se  
aproximó suavemente á su padre y permaneció  
en pié de tras de él, apoyada en el respaldo de  
la silla en que estaba sentado.

Guardó silencio un momento esperando quizás  
que él la hablase primero; pero viendo que no



dejaba su actitud meditabunda comenzó de esta manera:

—Padre mio, permite que te dirija una pregunta. Levantó la cabeza y la hizo señal que podía hablar.

—El otro día, cuando el joven Smoloff te preguntó si deseabas algo, le respondiste: nada. Dime: ¿es cierto que nada deseas?

—Nada de lo que él pueda darme.

—¿Y quien podría darte lo que deseas? ¿La equidad, la justicia? Padre mio, si no las encuentras en la tierra, en el cielo sin duda... En la tierra nunca, nunca.

Después de hablar de esta manera, los negros pesares que oscurecían su frente tomaron un matiz mas sombrío y volvió á apoyar su cabeza en sus manos. Después de una breve pausa volvió Isabel á tomar la palabra y con voz mas animada dijo:

—Padre mio, escuchadme: hoy cumpla diez y siete años; hoy hace días que he recibido de vosotros la vida, que me será tan cara; y si puedo consagrárosela será para mi corazón que os ama y venera como las imágenes vivas de Dios, el acontecimiento mas feliz. Desde que he nacido, cada uno de mis días está señalado con algun beneficio; no puedo pagaros mas que con mi reconocimiento y ternura. Pero ¿qué es mi reconocimiento si no se manifiesta? ¿qué es mi cariño si no os lo pruebo? ¡Oh! padres míos, perdonad la audacia de vuestra hija; una vez en su vida quisiera hacer por vosotros lo que habeis hecho por ella desde que nació. ¡Ah! dignaos revelarla el secreto de vuestras desgracias.

—Hija mia, ¿qué me pides? dijo su padre interrumpiéndola vivamente.

—Instruidme en todo lo que necesito para mostraros mi amor. Dios sabe cual es la razón que á ello me impulsa, cuando me atrevo á dirigiros una petición semejante.

Concluidas estas palabras, cayó de rodillas á los pies de su padre y le dirigió unas miradas que denotaban suplica. Brillaba en sus ojos á través de las lágrimas de que estaban arrasados, un sentimiento tan vivo, tan grande, y el heroísmo de su alma reflejaba algo tan divino sobre la humildad de su postura, que Spinger comprendió al momento parte de lo que su hija podría querer. Oprimiose su pecho: no podía ni hablar, ni llorar: quedó inmóvil, silencioso, anonadado como si estuviese en la presencia de un ángel; el exceso del infortunio no habia podido conmover su corazón, como lo habian hecho las palabras de su hija; y aquella alma tan firme que no se intimidaba en presencia de los reyes, que la adversidad jamás la abatió, enternecida

á la voz de su hija, buscaba su fuerza y no la encontraba.

Todo el tiempo que Spinger permaneció silencioso, Isabel estaba prosternada delante de él.

Aproximóse su madre para levantarla: colocada detrás de su hija, no pudo ver cuando esta se arrodilló, ni el ademán ni la mirada que acababa de revelar su sublime secreto á su padre, y no pudo comprender la desgracia que amenazaba á su cariño.

—Por qué, dijo á su esposo, por qué rehusas confiarla nuestros secretos? ¿te retrae de ello su juventud? ¿temes que el alma de Isabel se abata hasta la debilidad, sabiendo lo grande de nuestras desgracias?

—No, respondió el padre mirando fijamente á su hija, no es su debilidad la que temo.

Al pronunciar estas palabras no dudó Isabel que su padre habia comprendido su objeto: le estrechó la mano, pero en silencio, por que conocia el corazón de su madre, y queria retardar el instante en que habia de recibir un golpe tan fatal.

—¡Dios mio! exclamó Spinger, perdonad mi murmuración; me quejaba de los bienes que me habeis quitado; pero no veía los que me concedes: Isabel, has borrado en este día de mi imaginación doce años de pesares y dolor.

—Padre mio, respondió, puesto que tales palabras se oyen sobre la tierra, no digais que no hay felicidad; pero decidme, os exhorto á ello, vuestro nombre, patria y desgracias.

—Mis desgracias, no sufro ninguna; mi patria aquella en que vivo junto á tí, y mi nombre el feliz padre de Isabel.

—¡Oh! hija mia! exclamó Fedora, te amaria ahora mas si pudiese, porque has consolado á tu padre.

Al proferir estas palabras, la firmeza de Spinger fué vencida; abrazó á su mujer y á su hija, y bañándolas con sus lágrimas decia sollozando:

—¡Dios mio, perdonadme; era un ingrato! perdonadme y no me castigueis!

Cuando se calmó un tanto su violenta emoción Spinger dijo á su hija:

—Te prometo instruirte en lo que deseas saber; pero deja pasar algunos días: hoy no podría hablarte de mis desgracias porque me las has hecho olvidar.

La obediente Isabel no insistió, y esperó con respeto el momento en que quisiera explicarse, pero lo esperó vanamente. Spinger habia adivinado su proyecto, y no hallaba palabras este tierno padre para expresar su admiración y reconocimiento: no sabia ni podia negar su consentimiento á lo que iba á pedirle, pero tampoco



tenia valor para acceder á esto. Sin duda este era el medio que veia él mas natural para salir de su destierro y colocar á Isabel en la posicion que se merecia; pero cuando consideraba las fatigas inauditas y los terribles peligros de este viaje, se estremecia solo en pensarlo: para rehabilitar su familia y volver á su pais hubiera dado su vida; pero no se atrevia á arriesgar la de su hija. El silencio de Spinger dictaba á Isabel la conducta que debia seguir: estaba convencida de que su padre habia adivinado su proyecto; que estaba enternecido; pero si lo hubiera aprobado ¿evitaria con tanto cuidado hablar de esto? En efecto, era su proyecto tan extraordinario, que sus padres no podian aceptarle sino como á un tierno y piadoso delirio, para que le adoptasen era necesario que se les presentase bajo un aspecto mas favorable, libre de todos los obstáculos, protegida y ayudada por los consejos de Smoloff. Hasta tanto no dudaba que lo desecharian. Decidiose á callar y no manifestar su secreto á sus padres hasta tanto que hubiese hablado con Smoloff acerca del particular. Como preveia que uno de los argumentos mas fuertes que opondrian á su proyecto, basaria en lo difícil que era que una joven de diez y ocho años anduviese á pié ochocientas leguas en un clima el mas riguroso del mundo, y para responder de antemano á esta dificultad ensayaba cada dia sus fuerzas en las llanuras de Ischim; nada temia aunque soprase el viento y cayese la nieve con violencia y la niebla ocultase la vista de los objetos; salia algunas veces contra la voluntad de sus padres, y se acostumbraba así á despreciar los huracanes y las tempestades.

Los inviernos de la Siberia son muy tempestuosos: muchas veces, cuando el cielo está muy sereno, huracanes terribles le oscurecen de repente. Partiendo de dos puntos opuestos del horizonte, el uno llega cargado de todos los hielos del Norte, y el otro de los vientos del mar Caspio; se encuentran; chocan, y en vano los pinos oponen á su furia su robusto tronco y sus altas copas piramidales; los abedules doblan hasta el suelo sus flexibles ramas y su móvil follaje: lo rompen, lo destruyen todo: rueda la nieve desde lo alto de los montes, arrastrando en su caída enormes masas de hielo que caen contra las rocas, que á su vez se rompen; apoderándose los vientos de los despojos de los montes, de las cabañas que se hunden, de los animales que sucumben, los llevan por el aire, los barren, los dispersan, los estrellan contra la tierra, cubriendo espacios inmensos de ruinas de toda especie.

Sorprendió á Isabel en una mañana de enero uno de estos violentos huracanes: estaba enton-

tonces en la gran llanura de las tumbas, cerca de la capilla de madera. Apenas vió que el cielo se oscurecia, cuando se refugió á aquel sagrado asilo. Bien pronto desencadenados los vientos, chocaron contra aquel debil edificio; y conmoviéndole hasta en sus cimientos, amenazaban á cada momento destruirlo. Isabel prosternada ante el altar, no sentia ningún espanto, y la tempestad que oia rugir fuera alcanzaba á todo, excepto á su corazon. Siendo como podia ser útil su osadía á sus padres, estaba segura que Dios velaria por ella, y que no permitiria que muriese antes de haber conseguido su objeto. Esta idea que se creará supersticiosa quizás, y que no es otra cosa que la voz del cielo, que solo la piedad y los corazones sensibles oyen; esta idea, digo, inspiró á Isabel un valor tal, que en medio de la conmocion de la naturaleza y al alcance del rayo, no la impidió se rindiere á la fatiga; y acostándose al pié del altar donde acababa de orar se durmió pacíficamente, como la inocencia en los brazos de un padre, cual la virtud en la fé de Dios. En aquel mismo dia, Smoloff habia vuelto de Tobolsk; su primer cuidado al llegar á Saimka habia sido trasladarse á la cabaña de los desterrados. Llevaba el permiso para que Fedora y su hija fuesen todos los domingos á misa á Saimka; pero lejos de estenderse esta gracia á Spinger, las órdenes de la corte relativas á él eran mas severas que nunca; y permitiendo á Smoloff la viese por última vez, obedecia su papadre mas á los instintos de su corazon que á los de su deber.

Esta visita debia ser la última: así lo habia jurado el joven á su padre. Mucho le afligia aquel sacrificio; pero cuanto mas se aproximaba á la casa de Isabel, insensiblemente su tristeza se cambiaba en júbilo, sentia menos el dolor de dejarla por el placer que iba á experimentar al verla. En la juventud el goce de la felicidad presente tiene algo de tan vivo y tan completo, que hace olvidar todo pensamiento y proyecto futuro. Ocupa tanto la dicha presente, que no se piensa si lo será siempre; está tan enchido el corazon de alegría que no cabe en él el temor. Al entrar Smoloff en la cabaña, buscó en vano á Isabel; no estaba: previó que se veria obligado á partir antes que ella regresase y franco y real como era, no pudo disimular su pena.

(Continuara)

M. C.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.